

La Piedra Removida

Un sermón basado en Marcos 16:3

Por C. Harinck (sermón 128a)

Lectura Bíblica: Marcos 16

Salterio 262: 1, 2

15:1, 2

114:1, 2, 3, 10

318:3, 4

29:1, 3

Introducción

Queridos amigos, en esta mañana de la Pascua, vamos a visitar un sepulcro. En nuestras mentes, vamos a seguir a los discípulos y las mujeres al sepulcro de Jesús en el huerto de José de Arimatea.

Muchas personas tienen la costumbre de visitar las tumbas de sus seres queridos, y algunos lo hacen en la Pascua. Sin embargo, hay una gran distinción entre sus visitas y la visita al sepulcro de Jesús. Aquellos que visitan las tumbas de sus seres queridos siempre vuelven a sus casas aun más tristes que antes. En contraste, los que siguen en espíritu a las mujeres y a los discípulos al sepulcro de Jesús vuelven de allí *consolados*. ¿Por qué? Es porque el sepulcro que visitan ya está vacío. ¡Jesús vive!

Esta mañana vamos a meditar en Aquel Salvador vivo. Nuestro texto se encuentra en Marcos 16, versículo 3, donde leemos la Palabra de Dios como sigue: “*Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?*”

Este versículo habla acerca de

LA PIEDRA REMOVIDA

Vamos a considerar los tres puntos siguientes:

- 1. La piedra en la entrada del sepulcro;**
- 2. La piedra removida del sepulcro; y**
- 3. La piedra removida del corazón.**

PRIMER PENSAMIENTO

Muy de mañana del nuevo día, vemos a María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé saliendo de Jerusalén y dirigiéndose al huerto de José de Arimatea donde había el

sepulcro de Jesús. Todo estaba muy oscuro todavía, y había un gran silencio, especialmente después de aquel día que había sido el sábado de la celebración de la Pascua para los judíos. No obstante, estas mujeres no pudieron esperar que amaneciera el día, porque anhelaban ir al sepulcro de Jesús. Van a visitar el sepulcro en el cual fue enterrado Jesús en el Viernes Santo. Fue el gran amor de ellos para con Jesús que las atraía al sepulcro. Sabemos de las Escrituras que estas mujeres querían ir a ungir el cuerpo de Jesús. Esto fue un acto de amor, y un servicio para Uno que ya estaba muerto, y por lo tanto las mujeres estaban muy tristes.

No sólo había oscuridad en la naturaleza; también había oscuridad en sus almas. Su Maestro Jesús, a Quien ellas habían considerado como el Mesías y Salvador que había venido al mundo, ya había muerto en la cruz. Parecía que el diablo y los poderes de las tinieblas habían triunfado sobre Cristo, la Luz del mundo. Oh, estas mujeres habían esperado que se realizara un milagro: que Elías hubiera venido para salvar a Cristo de la cruz. Ellas habían esperado que Dios no hubiera dejado que el Mesías, Su propio Hijo, muriera en el madero maldito (Gál. 3:13). Sin embargo, pareciera que los enemigos de Cristo habrían triunfado, porque Elías nunca vino, y Jesús ya estaba sepultado en el huerto de José de Arimatea. Estas mujeres seguramente no pudieron comprender cómo fue posible que el mismo Dios que salvó a Daniel de los leones, y a sus amigos del horno de fuego ardiente, ahora hubiera permitido la muerte de Su propio Hijo Amado, el Mesías, el Señor Jesucristo.

Es evidente que estas mujeres todavía no comprendieron la necesidad de la muerte de Jesús para satisfacer la justicia de Dios. Ellas y los discípulos no entendieron la gran necesidad de la muerte de Jesús como propiciación del pecado, y no pudieron ver que esta muerte fue parte del gran plan de la salvación que Dios había realizado. Así que las mujeres y los discípulos todavía no entendieron nada del oficio sacerdotal de Jesús. Sin embargo, a pesar de sus muchas preguntas, dudas y temores, estas mujeres no quedaron en Jerusalén. El amor que tenían para Jesús las llevó hacia el lugar donde Él fue sepultado.

Leemos en nuestro texto que al acercarse al sepulcro, de repente pensaron en un gran obstáculo: “*¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?*” Como mujeres, ellas reconocieron que no tenían la fuerza para quitar esa gran piedra. En el Viernes Santo esta gran piedra había sido puesta en la entrada del sepulcro y así tapanlo por completo. Oh, ahora esa piedra les haría imposible alcanzar el cuerpo muerto de Jesús.

La pregunta de estas mujeres, “*¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?*”, es una pregunta muy conocida a todos los que buscan a Jesús en verdad. Estos verdaderos buscadores de Jesús encuentran muchas “piedras” en su camino, y esas piedras les hacen imposible alcanzar a Jesús, huir a Él, y encontrar la salvación en Él. ¿Cuáles son algunas de estas “piedras”?

Sus *pecados* llegan a ser como una gran piedra. Cuando el Espíritu Santo nos ilumina, experimentamos que somos transgresores de la Ley de Dios desde el vientre, y ¡cuán pesada se hace aquella piedra de pecado! Cuando por la obra descubridora del Espíritu Santo podemos ver lo que somos ante los ojos de un Dios santo y puro, y cuando el pecador ve la corrupción que vive en su propio corazón, comienza a decir: “*¿Quién nos removerá la piedra?*” Tales personas aprenden que Dios no sólo es misericordioso, sino que también es justo, y que Él requiere satisfacción plena de Su justicia. Más y más estos hijos de Dios se dan cuenta de que todas sus propias obras y lágrimas nunca jamás podrán satisfacer la justicia de Dios. ¡Qué gran piedra! Esto hace que oren: “*Si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?*” (Sal. 130)

También la *Ley de Dios* se hace una gran piedra en la vida del hijo de Dios. Con la conversión verdadera, el pecador se enfrenta con la Ley de Dios, y se da cuenta de que Dios requiere perfecta obediencia a esta Ley en nuestros pensamientos, palabras y hechos. No hay compasión en la Ley; al contrario, la Ley condena a todos los que no la obedecen. La Ley tiene un solo mensaje para el pecador: “*Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas*” (Gál 3:10). Esta Ley hace imposible obtener la misericordia de Dios, de tal modo que el pecador clame: “*¿Quién nos removerá la piedra?*”

Además, las rebeliones internas y externas de los hijos de Dios llegan a ser como una gran piedra. Cuando sus pecados los separan de Dios y Su favor, ellos dicen con David: “*Mi pecado está siempre delante de mí*” (Sal. 51:3), y no pueden creer que la gracia perdonadora alcance sus corazones otra vez. Oh, ¡qué piedra más grande es nuestra propia rebelión!

Por último, *la incredulidad* se presenta como una de las piedras más grandes para el hijo de Dios. Esta piedra de la incredulidad hace imposible mirar a Cristo o huir a Él. La incredulidad a veces hace que el hijo de Dios niegue todo lo que ha hecho Dios en su vida. La incredulidad hace que el pecador diga con Tomás: “*Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré*” (Juan 20:25). La incredulidad cree el diablo, quien dice: “Dios nunca ha obrado en tú corazón, pues si fuera la

obra de la gracia en tu vida, no vivirías tal como vives”. Oh amigos, ¡qué piedra más grandísima es la incredulidad.

Pero volvamos a mirar a las mujeres, y fijémonos lo que hicieron. Aunque ellas sabían que había una piedra en la entrada del sepulcro, y que ellas no la podían remover, y que así no podrían alcanzar el cuerpo de Cristo, ¡no regresaron a Jerusalén! Al contrario; siguieron su viaje rumbo al huerto de José de Arimatea. Esta es la maravilla incomprensible de la gracia de Dios; el creyente verdadero nunca puede volver al mundo y a su vida anterior sin Dios. El hipócrita dice: “Hay una piedra en la entrada del sepulcro. Dios no me oye cuando oro, así que ¿para qué voy a seguir orando? Dios no recibe mi arrepentimiento; no hay esperanza para mí”. Para el creyente verdadero, en cambio, a pesar de la piedra en la entrada del sepulcro, dice con Jonás desde el vientre del pez: “*Mas aún veré tu santo templo*” (Jonás 2:4). Cuando Cristo habló acerca de la necesidad de ser unidos con Él, y de comer de Su carne y beber de Su sangre, muchos dejaron de seguirlo, pero los discípulos dijeron: “*¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*”.

Cuando Jesús habló con la mujer cananea acerca de la gracia soberana y la elección de Dios, y le dijo que Dios había elegido a los israelitas y no a los paganos para ser Su pueblo, leemos que ella contestó: “*Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migas que caen de la mesa de sus amos*” (Mt. 15:27). Ella no dejó a Cristo, y no volvió a Su casa. Esta es la obra maravillosa de la gracia divina: el pueblo de Dios no puede volver atrás, por más imposibilidades y piedras que se encuentren en su camino.

Qué verdad se expresa en Cantares 8:6-7: “*Porque fuerte es como la muerte el amor... Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos*”. Esto fue el secreto en la vida de las mujeres que iban al sepulcro de Jesús. Toda su esperanza se había desvanecido, pero había una cosa en su corazón que no pudo morir, y eso fue *el amor*. Por lo tanto, ellas no pudieron volver a Jerusalén. El amor que tenían para Jesús los impulsó en su camino.

Sin embargo, ¡que sorpresa había cuando llegaron al sepulcro! Leemos en el versículo 4: “*Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande*”. En nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar **la piedra removida del sepulcro**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Al llegar al sepulcro, las mujeres vieron que la piedra estaba removida. No obstante, su sorpresa se aumentó mucho más cuando vieron que el sepulcro estaba vacío. Dios Mismo había removido la piedra de la entrada del Sepulcro. Dios había levantado a un Fiador, al Mismo

Salvador Quien había muerto en el Viernes Santo. Un terremoto había ocurrido muy de mañana, y un ángel del Señor había descendido como embajador del cielo para remover la piedra para que Cristo saliera del sepulcro. El Hijo de Dios, el Mediador, el Salvador Jesucristo, Quien había muerto en la cruz, fue resucitado por la Mano de Su Padre en el Día de la Pascua. Satanás fue vencido, y el Hijo de Dios fue levantado por Su Padre. Esto es el mensaje de la Pascua: la piedra removida; la muerte conquistada; Satanás, el infierno y las tinieblas vencidos, y el Salvador y Fiador de Su pueblo resucitado y declarado inocente.

La resurrección de Cristo fue la proclamación pública que todas las demandas de la justicia de Dios habían sido satisfechas. La resurrección fue la voz del Padre proclamando que todas las deudas de Su pueblo se habían pagado. Cuando el apóstol Pablo habla de la relación entre la muerte y la resurrección de Jesús, él dice: “...*el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*” (Ro. 4:25). Si Cristo hubiera quedado como cautivo de la tumba, nunca habría pagado toda la deuda de Su pueblo. La resurrección de Cristo es la señal de que Él ya había pagado toda la deuda de los Suyos. Por lo tanto, la Pascua es el gran “Amén” de Dios sobre el Viernes Santo. El Padre declaró que Cristo ya había hecho todo lo que tenía que hacer; Su obra ya se había cumplido. Este es el mensaje gozoso de la Pascua: ¡La piedra está removida; Jesús vive!

No obstante, la Pascua no sólo proclama que Jesús vive, sino que también proclama que toda la culpa y la deuda del pueblo de Dios ha sido pagada, y “*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*” (Ro. 8:1). La piedra de la justicia de Dios está removida por la satisfacción hecha por Cristo. La piedra de la maldición de la Ley ha sido removida por la perfecta obediencia de Cristo.

Una vez Sansón se levantó temprano en Gaza y tomó sobre sus hombros las puertas de la ciudad con sus dos pilares y su cerrojo, y se fue, así dejando expuesto la fortaleza de los enemigos los filisteos (Jueces 16:3). Igual que Sansón y aún más hizo el Señor Jesús en el día de la Pascua. Después de dormir por tres días y tres noches en la tumba según el decreto divino, Él se levantó en la grandeza de Su fuerza en el Día de la Pascua, así quitando las puertas de la muerte y del infierno, y así dejando expuesta la fortaleza de Satanás: la muerte y el infierno.

El Señor es resucitado; la piedra está removida; la muerte está conquistada; Satanás y el infierno son vencidos; y la obra de Cristo es aceptada, así perdonando los pecados de todos los elegidos. Oh mujeres, ¡pon a un lado sus especias, pues el Señor no las necesita! ¡Enjuguen sus

lágrimas, pues Su Maestro no está muerto, sino vivo! Aquí se ha hecho verdad lo que leemos en Isaías 40:1 y 2: *“Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”*.

¿Lo escuchan, pecadores cargados entre nosotros? ¡Cristo ha resucitado de los muertos! ¡La piedra está removida, y la deuda está pagada! El Maestro ha pagado el rescate por sus almas, y ahora hay la salvación plena y libre.

Sin embargo, a pesar de que las mujeres vieron removida la piedra y vacío el sepulcro, todavía no entendieron las noticias felices acerca de la resurrección de Jesús. Al contrario; se quedó un corazón en sus corazones. Vamos a considerar esto en nuestro tercer pensamiento, **la piedra removida del corazón**.

TERCER PENSAMIENTO

En el versículo 5 de nuestro capítulo leemos: *“Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron”*. En vez de encontrar lo que esperaban – el cuerpo muerto de Jesús – vieron a un ángel cubierto de una ropa muy blanca, resplandeciendo de la santidad y la majestad. Pero cuando se espantaron, leemos que el ángel les dijo: *“No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron”*. El ángel comenzó al decir que sabía a Quién buscaban, y luego les instruye lo siguiente: *“Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo”*.

La reacción de las mujeres a las palabras del ángel no es uno que se esperaría al oír noticias tan buenas. No se arrodillaron en adoración; ni admiraron acerca de las noticias maravillosas de que vivía el Maestro. ¡Al contrario! Leemos que *“Ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque le había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo”*.

La piedra todavía no fue removida de sus corazones. Aquí vemos que ni un ángel de Dios nos puede dar la fe para creer que Cristo vive aún. A pesar de ver la piedra removida, la tumba vacía, y un ángel que les dio un mensaje divino, todavía la piedra de tristeza e incredulidad quedaba en sus corazones. Esto es la experiencia del pueblo de Dios: aunque escuchan el mensaje de la piedra removida, del Salvador vivo, y de que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, *no pueden creer*.

¿Qué es el motivo de la incredulidad de estas mujeres? La respuesta se encuentra en las Escrituras. Cuando leemos acerca de los viajeros a Emaús, estos dos discípulos hablaron de la piedra removida y de la experiencia de las mujeres en el sepulcro, leemos que “...*pero a él no le vieron*” (Lc. 24:24). Esto es la causa de que el pueblo de Dios, aun después de oír el mensaje, ver el sepulcro vacío, y escuchar al ángel de Dios, todavía no pueda encontrar la paz en Él, porque todavía no Lo ha *visto* con los ojos de la fe. ¿Qué es el beneficio de una piedra removida? ¿Qué es el beneficio de lágrimas del arrepentimiento? ¿Qué es el beneficio de ver a un ángel, o de recibir una gran promesa de Dios, si *no Lo hemos visto a Cristo*? Por lo tanto el pueblo de Dios no tiene descanso y paz hasta que *vean* a Cristo. Puede ser que todas sus experiencias y consuelos han sido *de Cristo*, pero no es igual que ver a Cristo Mismo.

No obstante, miremos cómo Cristo ya vino para abrir los ojos de estas mujeres. En Mateo 28:9 leemos la continuación de esta historia: “*Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron*”. ¡Ahora sí, este encuentro con Cristo removió la piedra de sus corazones! Ahora pudieron creer y regocijarse. Esto fue el secreto de la paz que tenía Pedro; esto fue el secreto de la fe de Tomás; esto fue el secreto de la paz que tenía los hombres de Emaús: ¡se encontraron con Jesús Mismo!

Eso es lo que necesita cada hijo de Dios, para que la piedra sea removida de su corazón. Sólo así puede ser la Pascua en nuestro corazón. La salvación del pueblo de Dios no consiste en unas doctrinas vacías o en una ortodoxia muerta; la salvación de los hijos de Dios tiene que ver con el Salvador Viviente: “*He aquí, Jesús les salió al encuentro*”. El encontrarse con Jesús es experimentar la Pascua en el corazón. De esta manera las piedras del temor, de la duda, de la tristeza, de la Ley, y de la justicia son removidas, y así es que la tristeza se convierte en gozo.

Antes de terminar el mensaje con algunas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 318, las estrofas 3 y 4.**

APLICACIÓN

Queridos amigos, cuando el Duque de Wellington de Inglaterra venció a Napoleón, el gran emperador francés, un barco volvió a Inglaterra para llevar el mensaje de la victoria. Sin embargo, una gran neblina impidió que el barco entrara en el puerto, y para repartir las noticias, los marineros escribieron en grandes letras en el barco: “Wellington ha vencido al enemigo”. No

obstante, debido a la neblina, la mucha gente en el puerto sólo pudo leer “Wellington...vencido”. Este mensaje triste se esparció por toda Inglaterra. Pero al amanecer el próximo día, se levantó la neblina, y ya se pudo ver el mensaje completo: “Wellington ha vencido al enemigo”. Otra vez el mensaje se esparció por el país, esta vez recibido con muchas lágrimas de gozo.

En el mismo sentido, el Viernes Santo nos pareciera decir: “Jesús...vencido”. Cuando Cristo inclinó la cabeza y entregó el espíritu, los discípulos se pusieron muy tristes y lloraron mucho. ¡Jesús fue vencido! Sin embargo, en el Día de la Pascua el mensaje fue visto por completo: “¡Jesús ha vencido al enemigo!” Jesús había sido declarado muerto por la Iglesia, por el Estado, por Pilato, y por el sumo sacerdote. No obstante, Dios resucitó a Su Hijo de entre los muertos.

¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Queridos amigos, podemos cubrir el sepulcro con muchas flores hermosas, pero no podemos remover la piedra del sepulcro. Es necesario que cada uno de nosotros sea llevado al lugar donde fue llevado el apóstol Juan, quien dijo: *“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies”*. Entonces Jesús dirá: *“No temas; yo soy el primero y el último”* (Apoc. 1:17).

“Jesús les salió al encuentro”. Esto es el gran privilegio del pueblo de Dios, que puede hablar de encuentros verdaderos con Jesús. Hasta el día de hoy, Cristo nos “encuentra” con el mensaje de la salvación, y Él camina en medio de nosotros en el manto del Evangelio, ofreciendo la paz y el perdón. Sin embargo, el hombre natural no Lo ve, tal como dice el apóstol Pablo: *“El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”* (2 Co. 4:4). ¡Cuán necesario es para cada uno que nuestros ojos sean abiertos para ver nuestra propia miseria, porque solamente así podemos ver la gloria del Evangelio de Cristo.

La pregunta importante para todos es: “¿Tú has encontrado a Cristo?” Es cierto, la piedra es un gran impedimento a este encuentro, y hay muchas “piedras” en nuestra vida. Sin embargo, con las mujeres de nuestro capítulo, el obstáculo más grande fueron las especias aromáticas, que impidieron que se encontraran con Jesús viviente, pues las especias fueron para un Jesús *muerto*. Todas nuestras “especias”, es decir nuestras propias justicias, nuestras buenas obra, y nuestras experiencias espirituales anteriores, son los obstáculos más grandes que nos impiden ver al Jesús Viviente. Las especias son para un Jesús muerto, pero una *mano vacía* es lo que se lleva a un Jesús vivo. Feliz está aquel hombre o mujer que ha aprendido ir al sepulcro sin nada en la mano, porque Jesús *sí* les saldrá al encuentro. Amén.

